Nº 31.

DON LORENZO.

No, señor, no....., sino que.....

QUIROGA.

Hasta ahí podían llegar las bromas.

DON LORENZO.

Pero si yo.....

QUIROGA.

Pediré á Madrid ese dinero por telégrafo..... ¡Verdaderamente que no he dado en toda mi vida mayores pruebas de paciencia! Supongo que por dos ó tres días más que yo esté aquí.....

DON LORENZO.

No, si usted no ha entendido..... Es que no recordaba si tenía con efecto ese dinero disponible. Conque ¿mil duros?

QUIROGA.

Ya no los tomo; no señor.

DON LORENZO.

Le aseguro á usted.....

QUIROGA.

¡Porque he dado á un padre cierto género de explicaciones, se figuran que voy á dejarme sopapear!

DON LORENZO.

Vamos, ¡por favor!

QUIROGA.

¡Le he dispensado á usted ya tantos!

DON LORENZO.

Uno más. Hombre, ¡admita usted ese pico por el amor de Dios!

QUIROGA.

¡Qué pesadez! Lo admitiré. ¡Hagamos el último sacrificio. Ya puede usted agradecérmelo.

DON LORENZO.

Seguramente..... (¡Maldito seas!) ¿Los quiere usted ahora?

QUIROGA.

No hay prisa; tráigamelos usted.

DON LORENZO.

Al momento. (Dirígese hacia la segunda puerta de la izquierda.) (¡Mil duros! ¡En fin, que se vaya!)

QUIROGA.

¡Chis! (Llamándole.) ¡Don Lorenzo! En oro, ¿eh?

DON LORENZO.

Por supuesto, en oro. (¡Qué bribón, Dios mío, qué bribón!)

Vase por la puerta antes indicada.

ESCENA XVII.

QUIROGA.

¿Qué sería de uno si en el mundo no hubiera hombres tan de bien como ése? Á fe que es un bendito. (Breve pausa.) Algo caro se hace pagar el *Tuerto*. Si él no está ahora en la situación más á propósito para acometer nuevas aventuras, yo en cambio le proporciono disfraz y medios convenientes para la huída. ¿Qué importa? Le daré lo que pida. Á bien que paga don Lorenzo. Adelaida ha de arrepentirse de haberme obligado á quererla para reirse luego de mí. No veo el instante de humillarla y desgarrarle el corazón. Andrea es divina: su humildad, su candor, hacen de ella un tipo singularísimo que yo no conocía hasta ahora. Por mi vida, que no me vengo mal.

ESCENA XVIII.

QUIROGA y DAMIÁN.

QUIROGA.

(¡Hola, el señor Ortiz. (Viéndole entrar por la puerta segunda de la izquierda.) Despachémonos con éste. Buenas ganas le tengo, y alguien se ha de llevar un susto. Por otra parte, si no le hago mío por el miedo, conviene liarle un poco para que no pueda estorbar.) ¿Sabe usted lo que digo, señor Ortiz?

DAMIÁN.

¿Qué dice usted?

Acercándose muy tranquilo.

QUIROGA.

Que soy grande apasionado de la estética, bien que sin negar que por sí sola no constituye la belleza.

DAMIÁN.

¿También de estética sabe usted algo? Es usted un pozo de ciencia.

QUIROGA.

Digo, pues, que cualquiera falta de simetría me lastima los ojos. Y de ahí que no pueda ver con sosiego las piernas de usted; por lo cual me ha de permitir que le tuerza la que ahí tiene derecha, para que las dos se queden iguales.

DAMIÁN.

Eso no sería difícil. ¡Ojalá que con tanta facilidad se pudiese enderezar un alma torcida!

QUIROGA.

Separados: ¿con qué prefiere usted que se le haga la operación, con plomo ó con acero?

DAMIÁN.

Usted intente corregir mi deformidad con acero ó con plomo, según lo que le parezca mejor, que yo, á mi vez, procuraré hacerle á usted análogo servicio con lo primero que halle á mano.

QUIROGA.

Creo que no me ha entendido usted. Le propongo un duelo. Á mis ojos todos los hombres son iguales.

DAMIÁN.

Á los míos no: á los míos se diferencian mucho los hombres por de fuera; más aún por de dentro.

QUIROGA.

Vendremos de todos modos á parar en que, batiéndose conmigo, será usted el honrado.

DAMIÁN.

Tratar con intolerable altivez á los hombres el mismo que los declara iguales, no es cosa tan rara que pueda coger á nadie de susto.

QUIROGA.

¿Hay gran vanidad en presumir que yo valgo un poco más que usted?

DAMIÁN.

Según y conforme. No se mide bien á los hombres sino midiéndolos por el alma, y así medidos, puede resultar el que parecía pequeño, grande, y el que parecía grande, pequeño.

QUIROGA.

El diablo que le entienda á usted, señor Ortiz: unas veces absolutista, y otras veces demócrata.

DAMIÁN.

Ahí verá usted. Consecuencias de no haber vuelto á estudiar nada de política desde que aprendí en la escuela el Catecismo de Ripalda.